

PREGÓN EN HONOR A SAN ISIDRO LABRADOR.

AÑO 2007

Buenas noches, señor presidente, señores miembros de la Junta directiva de la hermandad de San Isidro Labrador, autoridades, amigos, mi querida Mary Carmen que has sido capaz de aguantarme de momento hasta las bodas de plata, queridos paisanos. Para mí es un honor, un lujo, un golazo por la escuadra poder participar en el mejor partido festivo del año de éste mi pueblo de Guarromán. Y además jugando en punta, de pregonero, vamos, de delantero centro goleador. Un inmerecido honor a la vista de algunos antecesores ilustres, pregoneros que han pasado por aquí más ricos que yo en el saber y en el decir, que llegaron a lo más hondo de vosotros y que alentaron vuestra sana alegría estos días. Así que vamos a empezar el partido sin más demora y como aquí, afortunadamente, no tenemos (que yo sepa) uno de esos árbitros tan malos y que tan mal uso hacen del pito, espero que la grada NO me saque al final tarjeta amarilla por pesado, o me expulsen con la roja por no haber sabido estar a la altura.

Yo no tengo más bagaje personal y más méritos para estar ahora aquí ante vosotros que el haber mantenido gracias a mis padres, a José y a Susana que ya descansan en su pueblo, en el pueblo que siempre adoraron, esas raíces guarromanenses imposibles de extraer por mucho mundo y muchos países y ciudades que haya conocido a lo largo de toda una vida dedicada a viajar, a juntar letras en periódicos y a pegarle de vez en cuando alguna que otra patada a la gramática en la radio. Siempre jugando con mi gran pasión, el fútbol. Porque yo de pequeño no quería ser artista, como Concha Velasco, sino futbolista, pero como no le pegaba una patada a un bote y de galáctico sólo iba a imitar a los Ronaldo, Beckham, Ronaldinho y compañía en eso de las juerguecitas nocturnas y no por el trabajo físico o por sudar en el gimnasio, pues no tenía futuro. Así que mi sueño pasó a ser el de escribir y hablar de fútbol, de la pelota, de la vieja como me la llamó un día el gran Di Stéfano. A los once años dejé el pueblo con mis padres y mi hermano para comenzar una nueva vida de emigrante en Madrid, ciudad que por cierto también tiene como patrono a San Isidro, ese tipo tan pillo que cuando se encontraba rezando a Dios venían los ángeles y le labraban la tierra. Él no curraba pero encima le hicieron santo, supongo que por bueno pero desde luego también por listillo. Si yo fuera como él, que va a ser que no, podía haber pedido a esos ángeles que le hacían el trabajo sucio a San Isidro que me escribieran a mí todo esto, que seguro habría quedado celestial, yo luego sólo lo hubiese leído y quedaba como Dios...).

Desde esos once años han pasado cuaren... bueno, unos cuantos más, pero pasa el tiempo y yo sigo viendo que no es cierto eso que dicen que de Madrid al cielo, el que dijo aquello quería decir que de Guarromán al cielo. Ya se dio cuenta otro buen amigo ya fallecido, el recordado Miguel Muñoz, aquel entrenador que construyó con Di Stéfano la leyenda del Madrid y que casi rozó también la gloria como seleccionador en el Mundial de México del 86. "Jolín Damián, ese pueblo tuyo de Guarromán es la leche, deja siempre buen sabor". Muñoz era un madrileño castizo pero

enamorado de Andalucía, de Sevilla y desde que pasó por vez primera por aquí ya siempre de Guarromán. Aquí paraba siempre a comprar los famosos pasteles en verano o los mantecados y polvorones de Navidad. Una tradición que yo sigo manteniendo. Porque desde hace 31 años nunca fallo, nunca doy el gatillazo (estamos hablando de comer pasteles, que entre fantasmas no nos vamos a pisar las sábanas) y llego como un auténtico Rey Mago el 1 de enero al trabajo cargado del mejor sabor de mi pueblo. Mis compañeros de El Larguero, de El País, de Diario 16, o ahora de AS o de Punto Radio siempre dicen que la Navidad no empieza allí hasta que aparece el Damián con esas mágicas cajas de Guarromán. El reparto es fácil: un polvorón para ellos, que son muchos, y naturalmente dos (polvorones) para ellas, que los hombres de este pueblo somos unos caballeros.

Vamos a acabar con la prórroga y los penaltis y un deseo: Me gustaría que los buenos aficionados al fútbol que sé que tiene Guarromán descargaran su adrenalina no sólo tirándole puyitas a los del equipo contrario, esas guerras vecinales de los del Madrid con (contra) los del Barça y viceversa, normandos contra sajones, sajones contra normandos. Me gustaría que entre todos en el pueblo apoyaran la reconstrucción de la Unión Deportiva Guarromán, del equipo de fútbol con el que yo también hice mis pinitos de crío hace ya muchos años. Porque más allá de la pasión, de las puyas, de las batallitas, el fútbol es un vehículo integrador y cohesionador de gentes, de pueblos, de ciudades, una especie de AVE, un tren de alta velocidad hacia la vida sana y el más noble espíritu deportivo (aunque ahora en Sevilla los del Betis no salen de casa..). Y además deja alineaciones memorables, para el recuerdo y la historia. Un día en un programa televisivo, el fallecido José Luís Coll me preguntó cuál era la alineación más grande, el mejor equipo que yo había conocido jamás, si el Brasil de Pelé en el 70 (Félix; Carlos Alberto, Brito, Piazza; Clodoaldo, Everaldo; Jairzinho, Gerson, Tostao, Pelé y Rivelinho. Casi nada al aparato. O aquel Ajax de Cruyff (Stuy; Suurbier, Hulshoff, Blanckenburg, Krol; Haan, Neeskens, Muren; Reep, Cruyff y Keizer. Y yo le contesté, toma nota y apunta: Pepe el Gordo; Tolorines, Marcos, Rafa; Lucas, Pocho, Pablo Morales; Satón, Angelillo, Cascales, Bernardo la Gaviota y Antonio el Churro. Este sí que era un once galáctico...

Como galáctico fue mi abuelo Bartolomé, miembro activo de la Comisión de Festejos que reorganizó en mayo de 1946 la fiesta de nuestro patrón. Si mi abuelo levantara la cabeza y me viera a mí aquí ahora diciendo todo esto, igual me desheredaba. Un crack, mi abuelo Bartola...

En fin, Paisanos, disfrutad de la fiesta, deslizaros cuando toque como yo cuando era un crío por Piedra Rodadera, olvidaros por un día del colesterol e inflaros también en Pintahuevos, que ya sabéis que de lo que come se cría. Y todo regadlo con un poquito de buen vino, con moderación, aunque como yo no conduzco a mí no me van a quitar puntos por decir esto. Ya lo dijo el filósofo Eurípides: "Donde no hay vino no hay amor". Y hasta el mismísimo Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina, proclamó en un viaje por España en 1948: "Ciertamente, la penicilina cura a los hombres, pero lo que los hace felices es el vino tomado en las dosis debidas". Así que se acaba

este rollo táctico y empieza el partido de verdad, el partido de la alegría. Gracias a todos por haberme aguantado y ¡a jugar!.... Viva San Isidro, Viva Guarromán.

José Damián González Alcaide.